

La Pastoral de la confesión en las conciones de Sto. Tomás de Villanueva ★

III. LINEAS DE FUERZA DE LA CONVERSION AUTENTICA

La conversión está lejos de ser simple renuncia a un pecado concreto¹. La conversión es el triunfo sobre el viejo Adán, es convertirse de instrumento del pecado en instrumento de la gracia. Es el empeño de convertir al "filii huius saeculi" en "filii lucis"². Si la conversión aparece a veces como privación, se debe a que ante todo es plenitud, porque inicia el camino que conduce a la Jerusalén celestial³. Plenitud personal y plenitud, en cierto modo, para los demás. En otro texto describe la conversión como un movimiento que conduce a la inhabitación⁴, y, finalmente, a la visión beatífica⁵. La conversión no deja vacío alguno porque es aceptar la paz de un Dios amante que pulsaba una y otra vez a las puertas de nuestro corazón. No es una aceptación pasiva de su paz, como por cortesía. Se trata de un compromiso que obliga a la actividad. En la predicación de Sto. Tomás de Villanueva no tienen lugar ni la pasividad ni el quietismo. Trabaja el malo a servicio del reino de las tinieblas y el justo se entrega a la propagación del Reino de Dios instaurado en Cristo⁶. La conversión es entregarse a una paz cuya simiente se nos da, pero cuyo desarrollo perfecto exige la cooperación humana: "Acceptare pacem et prosequere eam"⁷. Entregarse a la paz

* Cfr. *Estudio Agustiniano* 10 (1975) 373-400; 11 (1976), 3-44.

1. *In Dom. Adv. c. V n. 11, t. I, 38.*

2. *In Dom. I Adv. c. VI n. 6, t. I, 28-29.*

3. *In Dom. Quinquag. c. I n. 4-7, t. I, 279-282; In Dom. Quinquag. c. II n. 2, t. I, 287; In Dom. Sexag. c. IV n. 6, t. I, 262; In fer. VI post Cineres c. II n. 9, t. I, 325.*

4. *In fer. VI post Cineres c. II n. 9, t. I, 325.*

5. *In Dom. IV Adv. c. IV n. 4, t. I, 130-131; In Dom. Septuag. c. I n. 7, t. I, 206; In Dom. Septuag. c. V n. 26, t. I, 233.*

6. *In Dom. Septuag. c. IV n. 9, t. I, 223-224; In Dom. Septuag. c. II n. 1-4, t. I, 207-212.*

7. *In fer. IV Cinerum c. II n. 2, t. I, 33.*

del Señor es hacer fructificar el denario bautismal y la gracia recibida⁸, porque se nos exigirá más de lo que se nos ha dado⁹. Esa paz, ese denario inician un proceso de renovación interna. Surge una conciencia nueva, una apreciación de valores antes ignorados¹⁰. La conversión no admite un Señor, Señor vacío de contenido. La conversión es disponerse a presentar, y presentar de manera ya incipiente, una conciencia pura, limpia y ornada del fulgor de la caridad¹¹. La conversión es tomar una decisión que orienta toda la vida en el sentido de Cristo y que se desarrolla a lo largo y ancho de la vida de cada hombre. La conversión es la lucha de cada día por hacer de nuestra vida una vida cristiana¹².

1.º *La conversión como interioridad y sinceridad. Nueva visión del mundo a través de la misma.*

La conversión es sinceridad¹³. La sinceridad es la primera aportación del hombre a su conversión y, al mismo tiempo, una consecuencia necesaria de esa mirada de conjunto que, en Cristo y en su misterio, descubre el precio del pecado. El esfuerzo generoso por responder a la primera gracia que llama, le inicia en esa sinceridad que causa y es causada por la conversión. Es causada por la conversión porque es efecto de la gracia de conversión y, al mismo tiempo, causa la conversión porque, una vez iniciada, la perfecciona. Sinceridad y conversión se complementan. En cierta manera es una anticipación de la sinceridad con que el juicio final pondrá de manifiesto los más recónditos pensamientos y actos¹⁴. Admitiendo lo dicho sobre la antropología y las grandes dificultades que encuentra el hombre para mantenerse fiel a la ley evangélica, se reco-

8. *In Dom. I Adv. c. V n. 1, t. I, 33; In Dom. Septuag. c. I n. 1-7, t. I, 200-207; In Dom. Septuag. c. IV n. 2, t. I, 220.*

9. *In Dom. Sexag. c. IV n. 10, t. I, 263; In fer. IV Cinerum c. I n. 2, t. I, 295-296.*

10. *In Dom. III Quadrag. c. II, n. 1, t. II, 24-25.*

11. *In fer. IV Cinerum c. II n. 2-3, t. I, 301-302; In Dom. sexag. c. I n. 7, t. I, 247; In Dom. Sexag. c. III n. 15, t. I, 259-260; In fer. post Dom. IV Quadrag. c. II n. 2, t. II, 105.*

12. *In Dom. I Adv. c. VI n. 4-6, t. I, 40-43; In fer. VI post Dom. III Quadrag. c. I, n. 1-11, t. II, 50-58; In fer. IV post Dom. I Quadrag. c. I, n. 11, t. I, 407.*

13. *In Dom. III Quadrag. c. II n. 7-10, t. I, 14-16; In fer. IV Cinerum c. II n. 2, t. I, 301-302; In Dom. I Adv. c. V n. 10-11, t. I, 38; In Dom. III Quadrag. c. III n. 7, t. II, 23.*

14. *In Dom. I Adv. c. I n. 10-12, t. I, 5-8; In Dom. I Adv. c. II n. 12, t. I, 17; In Dom. I Adv. c. II n. 14-15, t. I, 18-19; In Dom. I Adv. c. IV n. 4-5, t. I, 27-28; In Dom. I Adv. c. V n. 10, t. I, 38.*

noce, sin embargo, culpable de su pecado¹⁵. Cuanto más profunda sea la conversión tanto mayor sinceridad y cuanto más aumenta ésta tanto más se consolidará y fructificará aquella. Porque la sinceridad hace sentir al arrepentido, sin paliativo alguno y con aquella fidelidad que descubrirá lo más oculto en el último día, el reproche, o mejor, el testimonio de su conciencia: "Peccavi ut malus, et ingratus et sine timore"¹⁶. A la luz de la sinceridad de la conversión el pecador se confiesa tal cual es; no sólo que ha obrado mal, sino que es pecador. Se reconoce causa culpable sin acusar a la naturaleza ni a un tercero¹⁷, porque la auténtica conversión reposa sobre dos grandes pilares: Conocimiento de Dios y conocimiento de sí mismo buscados en la propia interioridad. De este doble conocimiento brotan dos cualidades de toda verdadera conversión: Penitencia amorosa y humildad confiante¹⁸. En la sinceridad de la conversión el pecador toma conciencia de que es "imago Dei" y en ella, de aquí el acento en la interioridad, palpa la bondad de Dios que le creó a su imagen y semejanza, se "redescubre" a sí mismo como un apetito, una tendencia a Dios y, al contraste de esta luz, esplendorosa, capta en toda su amplitud la negra obra destructora del pecado que le de que se mueve en un "tempus salutis"¹⁹, en el que se le da la potencia con el juicio final. En el recuerdo del juicio final se percata sibilidad de realizar de antemano y plasmar en la actividad de su vida terrena la formulación concreta que aquel día quisiera escuchar: "Ven, bendito de mi padre..."²⁰. El arrepentimiento surgido se formaliza en una actitud militante. Es dolor ciertamente, pero querido, fomentado y activo. Contraste maravilloso entre la prostración del remordimiento y la humildad tranquila del arrepentimiento cristiano. Por eso a partir de la conversión todas las cosas toman un

15. *In Dom. III Quadrag. c. I n. 1, t. II, 1-2.*

16. *In Dom. Passionis c. IV n. 7, t. II, 160; In Dom. Quadrag. c. II n. 10, t. II, 15-16.*

17. *In Dom. I Adv. c. V n. 10-11, t. I, 38; In fer. V post Dom. I Quadrag. c. II n. 6, t. I, 428; In Dom. IV Adv. c. VI n. 6, t. I, 137; In fer. VI post Dom. IV Quadrag. c. II n. 9, t. II, 120-121; In fer. VI post Dom. IV Quadrag. c. II n. 17, t. I, 127-128; In Dom. Sexag. c. IV n. 9, t. I, 263.*

18. *In Dom. II Adv. c. I, n. 1, t. I, 89-90; In Dom. II Quadrag. c. II n. 2, t. I, 467-468; In fer. III post Dom. II Quadrag. c. I n. 10-11, t. I, 480.*

19. *In Dom. II Adv. c. II n. 3, t. 1, 67-68; In Dom. I Adv. c. I n. 16-17, t. I, 10-11; In Dom. IV Adv. c. III n. 2, t. I, 126; In Dom. Septuag. c. IV n. 7-9, t. I, 223-224; In Dom. III Quadrag. c. IV n. 3-4, t. II, 26-27; In fer. III post Dom. Passionis c. I n. 9, t. II, 176.*

20. *In Dom. I Adv. c. V n. 2-11, t. I, 32-38; In Dom. I Adv. c. IV n. 9, t. I, 31.*

valor nuevo en revalorización de la vida²¹. En realidad nada cambia, sino que la sinceridad de la conversión descubre el grande, el único valor y significado de la vida, Cristo, y en él ve reflejarse el sentido auténtico de las cosas. Con la mirada en Cristo, la conversión opera la mayor destrucción y la más atrayente construcción que podamos imaginar²². Hasta la conversión toda la vida del hombre, y en ella la creación, giraba en torno al egoísmo del pecado. A partir de la conversión Cristo pasa a ocupar el centro de esa interioridad de la imagen de Dios en la que lee su quehacer de cada día en la historia de la salvación y todo lo demás queda relativizado²³. Pero se trata de una relativización especial que, como nota peculiar, revaloriza y eleva las cosas que subordina. ¡Belleza de la conversión cristiana! A la luz de la sinceridad de la conversión cristiana la vida deja de ser un espacio de tiempo a malgastar. La vida en sí ya no tiene valor alguno para el convertido. El no puede cerrarse en la consideración de la vida como algo completo en sí mismo. La convicción de la escatología domina toda su concepción de la vida²⁴. Esta subordinación esencial de la vida humana al juicio final, que descubre ya en el primer movimiento de conversión, es la que revaloriza la vida humana. La vida es el tiempo de gracia que la Sabiduría omnipotente de Dios concede al hombre para que escriba con obras el juicio que entonces deseara²⁵. Es la gran posibilidad de transformar el juicio condenatorio, que mereciera por el pecado en el juicio amorosamente acogedor del Padre que reconoce su imagen en el desarrollo más o menos logrado del denario bautismal. En las manos del hombre está la transformación de la oscuridad del último día en claridad de gloria, de manifestación de vergonzosa entrega de vencido en publicación de una victoria magnífica y de-

21. *In Dom. III Quadrag.* c. III n. 5, t. II, 21.

22. *In fer. II post Dom. IV Quadrag.* c. II n. 15, t. II, 99; *In fer. III post Dom. IV Quadrag.* c. IV n. 1, t. II, 105.

23. *In fer. IV post Dom. IV Quadrag.* c. I n. 3-11, t. II, 52-58; *In fer. V post Dom. I Quadrag.* c. II n. 3, t. II, 431-432; *In Dom. Sexag.* c. III n. 10, t. I, 356-357.

24. *In Dom. I Adv.* c. I n. 1-17, t. I, 1-11; *In Dom. I Adv.* c. IV n. 5, t. I, 28; *In Dom. Quinquag.* c. I n. 4, t. I, 279-282; *In Dom. Quinquag.* c. II n. 1-16, t. I, 286-293.

25. *In Dom. I Adv.* c. III n. 4, t. I, 23-24; *In Dom. I Adv.* c. III n. 5, t. I, 24; *In Dom. I Adv.* c. IV n. 4, t. I, 27-28; *In Dom. I Adv.* c. IV n. 9, t. I, 30; *In Dom. I Adv.* c. V n. 11, t. I, 38; *In fer. VI post Cineres* c. II n. 6, t. I, 328.

cisiva²⁶. En una palabra, nuestra vida se convierte en un "adventus"²⁷, en una "via per quam tendimus ad patriam"²⁸. Nada de quietismo ni de concepciones estáticas. La vida es tendencia creciente, es caminar hacia la patria. La conversión es la liberación misericordiosa y potente de la servidumbre del pecado para introducirnos en el reino de los hijos de Dios²⁹.

Estas reflexiones mueven al pecador a entregarse gozosamente al espíritu de penitencia que brota en él espontáneo y se incrementa³⁰. Espíritu de penitencia no es sinónimo de práctica de obras lastimosas, sino más bien de seguimiento de Cristo, el gran peregrino que nos trazó la senda a seguir en nuestro caminar terreno, el gran modelo de la Ley y realizador e intérprete de la teoría que nosotros, aún conociéndola, no supimos traducir en obras³¹. Espíritu de penitencia es la virtud del alma que exige que nos convirtamos en seguidores del modelo divino³². La conversión modela una disposición de ánimo sumamente interesada en conocer, a la luz de la gracia recibida, las más insignificantes desviaciones que no responden a las finezas de Dios³³. En la paz de la contrición el penitente agudiza su conciencia y llega a percibir el complicado mecanismo del pecado que opera en su interior y el punto de partida de las tempestades terribles. La delicadeza del corazón toma su fuerza del arrepentimiento y crece a medida que éste se transforma con el tiempo de torrente reseco en río permanente. En muchos el correr del tiempo levanta una barrera que cubre los más horrendos pecados, pero también el correr del tiempo permite penetrar más, con las exactas medidas del mal cometido y del peligro corrido, en la potente acción de Dios. Por el amor y por el arrepentimiento amante el cristiano "disponit ascensiones in corde", que de día en día conducen a visiones panorámicas más amplias y profundas del pecado³⁴.

26. *In Dom. I Adv. c. V n. 3-6, t. I, 32-36; In Dom. I Adv. c. V n. 10-11, t. I, 38.*

27. *In Dom. II Adv. c. IV n. 3, t. I, 82.*

28. *In Dom. IV Adv. c. III n. 2, t. I, 125; In Dom. II Adv. c. IV n. 3, t. I, 82; In Dom. Quinquag. c. II n. 5-7, t. I, 280-282.*

29. *In Dom. III Quadra. c. III n. 2, t. II, 18.*

30. *In Dom. Sexag. c. IV n. 4, t. I, 261; In Dom. Sexag. c. II n. 7, t. I, 247.*

31. *In Dom. I Adv. c. VI n. 4, t. I, 41-42; In Dom. IV c. III n. 2, t. I, 125-126; In Dom. Sexag. c. V n. 3-10, t. I, 265-267.*

32. *In Dom. IV c. III n. 1-2, t. I, 125-126.*

33. *In Dom. II Adv. c. II n. 3, t. I, 67-68; In Dom. IV Adv. c. VII n. 3-5, t. I, 142-146.*

34. *In Dom. IV Adv. c. III n. 3, t. I, 126-127; In Dom. Quinquag. c. I n. 7, t. I, 282.*

La conversión es una actitud de solícita tensión para exigirse siempre más, porque la luz recibida en el primer paso de conversión clarea por momentos. En la conversión el arrepentido se encuentra algo así como un perdido en el bosque después de una noche tenebrosa. La luz aparece y descubre los contornos de realidades desconocidas por la ignorancia y el error del pecado. Así la conversión, fuente de luz, se convierte también en fuente de delicadeza del corazón, porque aquella "cupiditas" que antes le ataba a cuanto le rodeaba ahora le estimula al conocimiento minucioso de la voluntad de Dios y al esfuerzo por responder mejor a la dignidad de su herencia³⁵. La amistad de Dios reconquistada, y en ella la paz consigo mismo, favorecen el profundo conocimiento del hombre y la justa apreciación de sus decisiones y de sus objetos. En el amor parece reconquistar una especie de instinto de las finalidades, de la relatividad verdadera de las cosas entre sí y con él. Las cosas tornan a ser como señales por las que puede encontrar al Amor, a Dios³⁶. En una palabra, surge ese diálogo amoroso del hombre con Dios en el que la conciencia se cristianiza por su disposición de paciente y atenta escucha y por su tensión y esfuerzo en responder debidamente a las más leves insinuaciones.

La conversión, en su espíritu de penitencia, transforma el suplicio del pecado en premio, y hace que lo que debería ser castigo de su rebeldía se acepte como espontáneo servicio rendido³⁷. A su vez se convierte todo en la vía que conduce a los amplios campos fecundos de goces y alegrías eternas³⁸. La vida de un hombre, por larga que sea, será un itinerario de conversión permanente, que procura extender el reinado de Cristo. Cada acontecimiento, asumido a la luz del arrepentimiento en su justo puesto, es una ocasión de conversión. Por eso decíamos que a la luz de la conversión la vida

35. *In Dom. III Quadrag. c. I n. 9, t. 97-98; In Dom. I Adv. c. IV n. 7, t. I, 29; In Dom. I Adv. c. VI n. 5, t. I, 42-43; In Dom. Septuag. c. IV n. 7-9, 223-224; In Dom. III Adv. c. III n. 3, t. I, 111-112; In fer VI post Dom. Passionis c. I n. 8, t. I, 196-197.*

36. *In Dom. I Adv. c. IV n. 7, t. I, 29; In Dom. IV Adv. c. III n. 3, t. I, 126-127.*

37. *In Dom. Septuag. c. IV n. 2, t. I, 219; In Dom. IV Adv. c. III n. 2, t. I, 125.*

38. *In Dom. Septuag. c. III n. 5, t. I, 217.*

era revalorizada y en ella las cosas adquirirían valor nuevo³⁹. Ya hemos visto que en la predicación de Sto. Tomás todo: desgracias, beneficios, fracasos y hasta el mismo pecado debía conducirnos a una mayor unión con Dios, porque todo era llamada suya⁴⁰. El recuerdo de la fuerza creadora de la gracia de Dios nos permite comprender que el espíritu de conversión aumentará a medida que la fe se robustece y fuerza al alma a abrirse acrecentando su caudal de gracia⁴¹.

Con ello subraya la oposición de la conversión al pecado. Este es el elemento negativo de la conversión, el elemento a destruir. En la nueva concepción de la vida como "viam per quam tendimus ad patriam" el pecado y su obra aparecen como el gran obstáculo que impide el logro de las posibilidades humanas: Contarse el último día entre los hijos de Dios⁴². Es lógico que la conversión al mismo tiempo que movimiento de unión a Dios sea también un apartarse del pecado. No sólo esto, sino que así como la conversión es una tarea permanentemente activa en la construcción de Dios en las cosas, también es un empeño constante en la destrucción del pecado y su obra⁴³. Es una exigencia de la mutua oposición entre Dios y el pecado, el reino de la gracia y el reino de las tinieblas. La belleza y comprensión perfecta de la conversión no lograremos transmitirla con una presentación negativa que se centre en la huida del pecado. Cuanto mejor responde a la gracia, tanto más experimenta la "libertas filiorum Dei" que hallará su plenitud en el último día, cuando la ley del pecado no tenga ya posibilidad alguna de imponer su peso⁴⁴, porque cuanto más se adhiere a la gracia tanto más se distancia del pecado. La conversión es lucha, dinamismo⁴⁵.

39. *In Dom. I Adv. c. VII n. 7-8, t. I, 48-49; In Dom. Septuag. c. I n. 1, t. I, 200-207; In Dom. Septuag. c. II n. 1-4, t. I, 207-212; In Dom. Septuag. c. IV n. 1-9, t. I, 219-224; In Dom. Septuag. c. V n. 3-8, t. I, 225-227; In Dom. Septuag. c. VI n. 1-10, t. I, 236-241; In Dom. III Quadrag. c. III n. 5, t. I, 21.*

40. *In Dom. IV Adv. c. I n. 2-6, t. I, 115-119.*

41. *In Dom. Sexag. c. I n. 7, t. I, 247; In Dom. II Adv. c. II n. 4, t. I, 68; In Dom. Sexag. c. I n. 3, t. I, 244-245; In Dom. Sexag. c. III n. 10, t. I, 256.*

42. *In Dom. III Quadrag. c. III n. 2, t. II, 18; In Dom. I Adv. c. II n. 8-10, In Dom. I Adv. c. II n. 14, t. I, 18; In fer. IV Cinerum c. III n. 3, t. I, 317.*

43. *In Dom. I Adv. c. VI n. 4, t. I, 40-41.*

44. *In Dom. I Adv. c. VII n. 6, t. I, 47-48; In Dom. II Adv. c. II n. 2, t. I, 66.*

45. *In Dom. Sexag. c. III n. 15, t. I, 259-260.*

Si el pecado fue el rechazo de la sumisión a Dios y un auto-endiosamiento, la conversión será reconocer y aceptar su posición de hombre cuya finalidad es “amare, colere et reverere Deum”⁴⁶. A la soberbia sucede la humildad y sumisión a aquella ley que antes quebrantó y que ahora considera expresión de la voluntad de Dios⁴⁷. La conversión borra la distancia que el pecado abriera entre Dios y el hombre y pone toda su vida “in obsequium Dei”. La conversión transforma en ángel de luz y de humildad a la criatura dominada por la soberbia y sumida en las opacas tinieblas del pecado⁴⁸. Y en la humildad y sinceridad de la conversión reconoce el pecado como injusticia para con Dios, como la negación del amor que debía a su Creador y Redentor, y se somete al juicio del propio espíritu que le condena⁴⁹. El amor cuanto más fuerte es también tanto más justo, porque mayor es también su exigente correspondencia. En el juicio que realiza el propio espíritu desfilan todos los motivos que Cristo recapitulará en su venida final como prueba de ingratitud y culpabilidad de los condenados⁵⁰. Por eso la conversión, en cuanto amorosa aceptación activa de la condenación de espíritu, es liberativa del juicio último:

“Dichoso, exclama, quien al cerrarse el “tempus salutis” y acercarse a la hora justiciera pueda clamar: Mi juicio está realizado. Yo mismo he vengado mi pecado. Cuando más justiciero hayas sido contigo mismo, tanto más benigno aparecerá a tu mirada el juez supremo”⁵¹.

El aspecto purificador de la justicia que brota del amor es esencial a la conversión. Esta, en el espíritu de penitencia, que se prolonga a lo largo de la vida del hombre, es justicia y en la justicia es liberación, salvación. “Haz justicia que consiste en “peccata quae

46. *In Dom. II Adv. c. III n. 2, t. I, 70; In Dom. Septuag. c. VI n. 3, t. I, 237; In Dom. III Quadrag. c. III n. 5, t. II, 21-22.*

47. *In Dom. I Adv. c. II n. 8, t. I, 15-16.*

48. *In Dom. I Adv. c. VI n. 4-6, 40-43; In Dom. II Adv. c. I n. 7-8, t. I, 59-60.*

49. *In Dom. I Adv. c. I n. 16, t. I, 10.*

50. *In Dom. I Adv. c. II n. 16, t. I, 120; In Dom. I Adv. c. IV n. 6-7, t. I, 28-30.*

51. *In Dom. I Adv. c. I n. 14-15, t. I, 9-10; In Dom. I Adv. c. II n. 15, t. I, 19; In Dom. I Adv. c. IV n. 4-5, t. I, 27-28; In Dom. I Adv. c. IV n. 4-5, t. I, 27-28; In Dom. I Adv. c. V n. 10-11, t. I, 38; In Dom. III Quadrag. c. II n. 10, t. II, 15-16; In Dom. III Quadrag. c. IV n. 7, t. II, 30; In Dom. Passionis c. III n. 4, t. II, 155; In fer. VI post Dom. IV Quadrag. c. II n. 9, t. II, 121; In Dom. Passionis c. III n. 4, t. II, 155.*

damnat (peccator) poenitentia punit". Dichosas lágrimas y dolores que nos preservan de los eternos. Feliz penitencia que nos libra del fuego eterno" ⁵².

2.º *El amor motivo fundamental de la conversión*

Al presentar las divisiones del dolor habla de uno que llama natural y de otro que califica de "voluntario". Aquel es un dolor que arranca del castigo impuesto por el mal perpetrado. Es el dolor del ladrón que se duele porque le espera la pena de muerte y que, traducido a nuestro campo, es el dolor motivado por el temor escueto del infierno. No ha podido ocultar su insatisfacción ante tal dolor, y, como traicionado por la espontaneidad, afirma que es un dolor infructuoso. Más tarde, sin embargo, mitiga su afirmación presentándole como un dolor sospechoso y ordinariamente inútil porque ve a Dios con los sentimientos del siervo que no se siente vinculado a su Señor con los lazos del amor. Abiertamente muestra su contradicción ante el dolor procedente del temor y se manifiesta decidido defensor del dolor que procede del amor, como ideal de la auténtica conversión ⁵³.

Al hablar del juicio final, supremo encuentro con la bondad infinita y justa de Dios, insiste en que no es corazón recto aquel que se abstiene del mal por temor a la pena temporal. Son muchos los que presentan obras externamente rectas, pero su corazón... Ni aprueba absolutamente la postura de quien evita el pecado por temor del infierno, como no puede satisfacer al marido la esposa que evita el adulterio por temor a la muerte; ni consigue su aprobación la conducta del que orienta su entrega a Dios a la consecución de la prosperidad material o espiritual como no satisface el amigo que lo es por propio interés ⁵⁴. Así, pues, una conversión guiada del temor al infierno no tiene cabida en Sto. Tomás de Villanueva sino como punto de partida para una mayor elevación. El temor podría lograr la parte negativa de la conversión —apartar del pecado—, pero nunca le conducirá a la positiva adhesión amorosa a Dios. Y no olvidemos que en la predicación del Santo en tanto se dará el

52. *In Dom. I Adv. c. I n. 16-17, t. I, 10-11; In Dom. I Adv. c. II n. 11-16, t. I, 15-20; In Dom. III Quadrag. c. II n. 10, t. I, 15-16.*

53. *In Dom. IV Adv. c. VII n. 6, t. I, 147.*

54. *In Dom. IV Adv. c. II n. 6, t. I, 124; In Dom. IV Quadrag. c. IV n. 9, t. II, 85-86.*

alejarse del pecado en cuanto se obtenga la adhesión a Cristo. En una palabra, se apropia el pensamiento agustiniano de que es preciso no sólo temer a Dios juez sino también amar al Dios justo.

Aún es más explícito cuando se interroga ¿cómo excitarse al amor? Aun cuando forman un todo compacto las motivaciones que conducen al amor y aquellas otras que llevan al temor, siempre que sea posible invita a acentuar las primeras relegando al último puesto a las segundas. Sólo ante la inutilidad de esta manera de proceder aconsejará pararse preferentemente en aquellas consideraciones que infunden temor, sin olvidar, sin embargo, las que conducen al amor⁵⁵.

En numerosos textos manifiesta su preferencia por la concentración especial sobre los motivos que causan amor. Cuantas veces se pregunta cómo excitarse al dolor, otras tantas propone este método. Empápate, le dice, en la meditación de la bondad y paciencia con que Dios te ha esperado; sus paternales amonestaciones y los medios que te ha proporcionado para huir del pecado... y exclama: Me has vencido, Señor. Tu misericordia ha doblegado mi malicia⁵⁶. Entra dentro de ti, escribe en otra ocasión, y considera la bondad y amor de Dios para contigo, los beneficios y dones con que te ha colmado y la paciencia con que te ha esperado...⁵⁷.

Al estudiar las consecuencias del pecado propone las lágrimas como remedio de penitencia. Han de reunir ciertas condiciones para que gocen de eficacia regenerativa. Primeramente deben ser fruto del calor de la caridad y no del temor del suplicio. Deben dolerse de la culpa y no de la pena. El infierno es la prueba permanente de un "fletus et stridor dentium" estéril porque procede de la consideración del castigo⁵⁸. Y sólo al fracasar este método admite que procedamos a la inversa, aunque sin separar ambas motivaciones, sin hacer que la una anule por completo a la otra⁵⁹. Ambas se complementan. Sto. Tomás reflexiona, desconcertado sobre la paradoja que ofrece el hombre. Un criminal tiembla, experimenta las más terri-

55. *In Dom. IV Adv. c. VII n. 4, t. I, 143-144; In Dom. Passionis c. I n. 12-13, t. II, 140-142.*

56. *In Dom. II Adv. c. I n. 10, t. I, 62-63.*

57. *In Dom. Passionis c. I n. 12, t. II, 140-141; In Dom. IV Adv. c. VII n. 4, t. I, 143-144.*

58. *In fer. VI post Dom. III Quadrag. c. IV n. 2, t. II, 70.*

59. *In Dom. IV Adv. c. I n. 2-6, t. I, 115-119; In Dom. IV Adv. c. VII n. 4, t. I, 143-144; In Dom. Passionis c. I n. 1-3, t. II, 140-142.*

bles convulsiones y pasa noches de insomnio ante el pensamiento de que en breve será procesado. Y la certeza del juicio divino, la eternidad de su fallo, el terrible castigo y la sabiduría infinita del juez no suscita a veces temor alguno y en otras ocasiones es rechazado:

“Ya lo indicaba el profeta cuando rogaba ansiosamente al Señor, “Confige timore tuo carnes meas”. Como si dijera: En medio de mi reflexión intelectual temo. A ti te corresponde herir con las saetas del temor la carne rebelde y endurecida. Porque yo soy incapaz de imprimir en mi carne y huesos el temor concebido en mi mente. Despierta el temor en la carne dormida, y estimula a temerte a ti a quien sabe temer las mezquindades del siglo. Ya poseo un amor pero te suplico otro. Temó tu juicio pero hiere mi carne con tu temor. Porque no es lo mismo temerte a ti que temer tu castigo. El siervo teme ser castigado por su señor y el hijo teme ofender a su padre. Aquel temor es el inicio del amor y éste su consumación. Aquel inicia y éste perfecciona la caridad. Este la protege. “Timor enim Domini sanctus... in saeculum saeculi”. Ya he aprendido, Señor, a temer tu juicio, hiere, Señor, mi carne con tu temor”⁶⁰.

Recordaremos algunas líneas del comentario a la resurrección de Lázaro. Si la resurrección de Lázaro fue posible, también lo será la del pecador que reproduce en su corazón cuanto tuvo lugar en la resurrección de aquél:

“Que Cristo gimiera dos veces indica el doble gemido del pecador: uno por el pecado y otro por el reato. Dúelase del delito y también del daño. Dúelase porque pecando ha ofendido a Dios y también porque pecando ha incurrido en la pena del infierno; porque el segundo dolor sin el primero “non sufficit ad medelam”. Aquel que sólo se duele de la pena del pecado, no lava su culpa ni libera de la pena”⁶¹.

“Oh, exclama, en otra ocasión, para quien no quiere ofender a un padre tan bueno, y misericordioso, bien poco valen el temor y la vergüenza...”⁶², aún reconociendo que el temor y la vergüenza evitan muchos pecados⁶³.

Estos textos, a la vez que fijan la meta de la conversión, explican el por qué de ideal tan elevado. Los textos, algunos explícita-

60. *In Dom. Passionis* c. II n. 7, t. II, 147.

61. *In fer IV Quadrag.* c. II n. 7, t. II, 119.

62. *In Dom. IV post Epiph.* c. I n. 1, t. I, 185.

63. *In Dom. IV post Epiph.* c. I n. 1, t. I, 184.

mente⁶⁴ hablan del diálogo del hombre con Dios en la conversión que, desarrollándose en el ambiente de sinceridad de la predicación de Sto. Tomás, a medida que avanza logra una mayor intimidad, una más perfecta correspondencia hasta elevar al locutor humano al plano del amor. Este diálogo o encuentra al hombre en el plano del amor, o lo eleva paulatinamente a medida que va respondiendo al ideal del amor que llama. Así lo afirma el Santo⁶⁵.

La respuesta humana consiste en situarse a la altura de la llamada de Dios. Y si Dios ofrece su llamada en la realidad palpable de los magníficos misterios de nuestra religión ya en su forma misericordiosa ya en la justiciera, la respuesta del pecador será la presentación de todo su ser como realidad que se manifiesta en la acogida amorosa de las realidades divinas. El pecado domina al hombre en su totalidad y la conversión ofrece también al hombre total, hasta en sus más insignificantes manifestaciones, como respuesta a Dios.

La realidad que el hombre está pronto a ofrecer como respuesta a Dios es la restauración, la regeneración de la imagen que en él plasmara la acción creadora de Dios. El pecado no destruye la imagen de Dios en el hombre, sino que la despoja de la semejanza. Y esta privación de la semejanza es la que impide al hombre presentarse a sí mismo como respuesta a la llamada de Dios. El hombre será aceptado como respuesta viviente por Dios, cuando se presente tal como salió de sus manos: creado a su imagen y semejanza.

El fin que Dios se ha propuesto en su llamada a la humanidad caída es llevar al hombre a un amor de Dios tan activo y comprometido, que es incomprendible a la luz de la lógica humana.

“Yo romperé la dureza de vuestro corazón y haré que ardáis y os consumáis en mi amor, de manera que aún los más terribles dolores y hasta la muerte la consideréis como sin importancia”⁶⁶.

Es una intencionalidad general que dirige toda la historia de las relaciones de Dios con el hombre: Un callado y paciente soportar al pecador, un colmarlo de dones y paternas llamadas con

64. *In Dom. Passionis* c. I n. 12, t. II, 141.

65. *In Dom. II Adv.* c. IV n. 4, t. I, 57.

66. *In Dom. II Adv.* c. I n. 4, t. I, 57; *In Dom. II Adv.* c. III n. 2, t. I, 70-71; *In Dom. II Adv.* c. IV n. 3-5, t. I, 82-84; *In Dom. IV Adv.* c. III, n. 3, t. I, 127.

inspiraciones internas, remordimientos y amorosos castigos. Esta finalidad divina se manifiesta especialmente en la creación y de manera irresistible y misericordiosamente aterradora en el misterio de nuestra Redención, máximo esfuerzo de Dios por obtener la respuesta deseada. Bástenos recordar algunos textos más sobresalientes:

“Viene al mundo, se hace familiar y compañero, condescendiente, siervo, realiza grandes cosas por el hombre, padece tratamientos indignos, abre sus entrañas y manifiesta su amor. Lo vio, lo oyó el mundo, paró en ello su atención, lo meditó, se maravilló y experimentó pavor y, vencido por la donación de tanta benignidad y caridad, superado por el peso de tan gran beneficio, se postró a los pies del Señor. ¿Qué corazón pétreo podría resistir tanta benignidad? ¿Qué dureza no sería pulverizada y derretida por el potentísimo ardor de tanta caridad? ¡Las más duras piedras fueron heridas de muerte cuánto más los corazones humanos al resonar en el orbe el pregón y la trompeta angélicos y comprobar con numerosos milagros que Dios se había hecho hombre y había sido crucificado y muerto! El hombre, desconcertado y vencido por la caridad de este anuncio, que no había tenido lugar en siglos anteriores, se postró y adoró”.

“Me has vencido, Señor, como convenía; eras más fuerte y prevaleciste; tu amor superó y pulverizó la dureza de mi corazón. Finalmente nuestra alma quedó derretida, después de que hablé el amado. Nos heriste con las saetas de tu amor y nos postramos ante ti...”⁶⁷.

El hombre en la meditación de las intervenciones divinas, ante todo Encarnación y Redención, percibe casi experimentalmente su obligación de responder con amor. En ellas descubre al Dios que ha dado al hombre cuanto es y que confiado espera el fruto de su don. La inactividad, el no realizar el esfuerzo necesario para elevarse a la altura del amor divino aparecen a su conciencia con la nota negra y justa de ingratitud. Sto. Tomás ha profundizado igualmente en el carácter directivo de los misterios redentores. Son algo así como la fuerza y el modelo al que debe adaptarse el hombre en

67. *In Dom. II Adv. c. I n. 9-10, t. I, 61-62; In Dom. II Adv. c. I n. 4, t. I, 57; In Dom. II Adv. c. IV n. 3-8, t. I, 82-88; In Dom. IV Adv. c. I n. 2-6, t. I, 126-127; In Dom. IV Adv. c. III n. 3, t. I, 126-127; In Dom. IV Adv. c. V n. 5, t. I, 135-137; In Dom. II Adv. c. III n. 2, t. I, 70-71; In Dom. II Adv. c. I n. 4-5, t. I, 56-58; In Dom. II Adv. c. II n. 4, t. I, 6-8; In Dom. Septuag. c. IV n. 4, t. I, 220-222.*

su respuesta a Dios. Ellos le señalan el camino en el que tendrá lugar el encuentro con Dios:

“Dos son las vías por las que Dios llama: la misericordia y la bondad; y dos son las sendas por las que el hombre se encamina a Dios en su respuesta: la humildad y el amor”⁶⁸.

¿Rigorismo? De ninguna manera. Sabe muy bien que el dolor se amasa con los más variados sentimientos. Prefiere que domine la consideración de los misterios cristianos como espléndidos beneficios por los que Dios llama. Pero sabe que a veces sólo el misterio redentor, como manifestación de la justicia de Dios que castiga el pecado en Criso y como anuncio del castigo final, conducirá al amor. Por eso concede importancia en su predicación al recuerdo del juicio final y de los novísimos⁶⁹. No rigorismo sino realismo en el tratamiento de los problemas humanos. Un realismo adquirido en la profunda meditación de las intervenciones divinas y de la acción interna de Dios en las almas. En ellas ha aprendido que Dios experimenta en primer lugar las manifestaciones más puras de su amor y que sólo cuando éstas fallan recurre al amor del padre que castiga al hijo porque su amor no le permite dejarlo perderse. De igual manera debe proceder el hombre en su retorno a Dios y el confesor, representante de aquel Dios bueno y apoyo y guía visible del penitente desorientado. Primero el amor. Lo exigen las intervenciones divinas. Además la conversión es en ocasiones tan difícil que precisa de un medio potente. Y en eficacia el amor es el primero. Si fue capaz de vencer a la omnipotencia divina e imponerle el anonadamiento absoluto de la Encarnación y muerte en la cruz, ¿no vencerá a la debilidad humana?⁷⁰. Por otra parte el amor, en su dinamicidad y altruismo, es despiadadamente justiciero por lo que conducirá a una más depurada purificación⁷¹, que cuanto más amo-

68. *In Dom. IV Adv.* c. VI n. 1, t. I, 138.

69. *In Dom. I Adv.* c. I n. 1-16, t. I, 1-19; *In Dom. I Adv.* c. II n. 1-16, t. I, 11-21; *In Dom. I Adv.* c. III n. 1-5, t. I, 21-25; *In Dom. I Adv.* c. IV n. 1-9, t. I, 25-31; *In Dom. I Adv.* c. V n. 1-11, t. I, 31-38.

70. *In Dom. I Adv.* c. I n. 11, t. I, 63-64; *In Dom. I Adv.* c. VII n. 10, t. I, 50-51; *In Dom. II Adv.* c. VII n. 2, t. I, 70-71; *In Dom. II Adv.* c. I n. 9, t. I, 61.

71. *In Dom. I Adv.* c. VII n. 12, t. I, 52; *In Dom. II Adv.* c. II n. 11, t. I, 63-64; *In Dom. I Adv.* c. II n. 16-17, t. I, 10-11; *In Dom. III Quadrag.* c. II n. 10, t. I, 15.

rosa sea tanto más se acercará a la pureza divina y a la satisfacción por la injusticia del pecado⁷².

Prefiere el amor, pero no desprecia el temor, y hasta lo valora más que otros autores. En su páginas el temor aparece como medio de llegar al amor⁷³ y a su vez queda integrado en el amor ya conseguido. En la contrición, en ese amor que triunfalmente gobierna, va englobado también el dolor de atrición motivado por el temor del infierno y la vileza del pecado. En la contrición es purificado el temor. Sostiene con palabras bíblicas que el temor es "valde bonum" e invita a seguir el ejemplo de los profetas que movían al pueblo al temor⁷⁴.

Se da una admirable penetración entre el temor y el amor. Ni el amor sin el temor ni éste sin aquél. El temor que brota del recuerdo del juicio, infierno etc... se dirige naturalmente al amor. En ese temor Dios habla al alma⁷⁵ y hasta llega a decir que Dios, como buen guitarrista, convierte a las almas adaptándose a ellas de diversas maneras "sed timor conturbans initium est"⁷⁶. Y por otra parte, una conversión sin algo de amor no tiene cabida en sus Conciones, conclusión lógica de su conjunto doctrinal en el que la conversión es, ante todo, unión con Dios y como consecuencia de ella alejamiento del pecado. No a la inversa.

3.º *La conversión en el ámbito de la comunidad y su significado apostólico.*

Si el pecado imponía su fuerza antisocial primeramente en la ruptura del diálogo con Dios, la conversión manifiesta su sentido comunitario reviviendo ese mismo diálogo. El pecado conducía al hombre lejos de sí y le entregaba a la más despiadada ignorancia

72. *In Dom. II Adv. c. I n. 7-10, t. I, 59-63; In Dom. II Adv. c. III n. 4, t. I, 68; In Dom. II Adv. c. III n. 2, t. 70-71; In Dom. II Adv. c. IV n. 3-8, t. I, 82-87; In Dom. IV Adv. c. III n. 3, t. I, 126-127; In Dom. IV Adv. c. V n. 5-6, t. I, 135-137; In Dom. II Adv. c. IV n. 6, t. I, 86-87.*

73. *In Dom. IV Adv. c. VII n. 6, t. I, 147; In fer IV post Dom. I Quadrag. c. II n. 15, t. I, 417; In Dom. Passionis c. II n. 7, t. I, 147.*

74. *In fer. IV Cinerum c. II n. 16-17, t. I, 309-310; In Dom. Passionis c. I n. 4, t. II, 136-137; In Dom. Passionis c. I n. 12-13, t. II, 140-142; In fer. VI post Dom. IV Quadrag. c. II n. 7, t. II, 119.*

75. *In fer. IV post Dom. I Quadrag. c. II n. 15, t. I, 417.*

76. *In fer. VI post Dom. I Quadrag. c. II n. 1, t. I, 449.*

de sí mismo. La gracia de la conversión es esencialmente llamada a la interioridad. Se equivoca quien piensa que acentuar la llamada a la interioridad en la conversión desemboca en un individualismo despreocupado de las vivencias comunitarias. La gracia de la conversión que, en su esplendorosa luz, le conduce al verdadero conocimiento de sí mismo y de los demás, se opone a ese egocentrismo cerrado. Es un egocentrismo abierto a Dios. Es un pensamiento acertado si tenemos en cuenta que la creación está ordenada al hombre y en el hombre a Dios por Cristo. El hombre torna sobre sí mismo y meditando en su interioridad se conoce. En la interioridad de la gracia de la conversión toma conciencia de sí mismo como imagen de Dios. Y ya veíamos en el primer capítulo que conocerse imagen de Dios era sentirse obligado, responsable de un deber de consagrar su existencia a un testimonio de gratitud a Dios por el don de la creación. Sentirse responsable no de una consagración cualquiera a testimoniar y glorificar a Dios, sino responsable de una entrega total porque el don de la creación es el mismo ser humano en su totalidad. Esto, que no es ya puro conocimiento, le impulsa a dar la respuesta de las obras y finalmente la da con la ayuda de la gracia ⁷⁷.

En el mismo retorno a la interioridad, bajo la gracia de la conversión por la que toma conciencia de ser imagen de Dios, se peca igualmente de que la imagen no aparece ya en toda la pureza de su esplendor primitivo ⁷⁸. Ha habido una caída cuyos efectos son imborrables. La obra del pecado en el hombre fue tan profundamente destructora que su reforma debía realizarla el mismo Cristo. Pasaron los patriarcas, pasó Moisés, pasaron los profetas, pero nada pudieron. Se requiere la obra de Cristo ⁷⁹. ¿Por qué? Toda su argumentación se condensa en estos términos: La Encarnación era conveniente

“ut videlicet, per ipsum prototypum reformaretur quo fuerat ante formatus ⁸⁰.”

⁷⁷. *In Dom. III Quadrag. c. I n. 1, t. II, 1-2; In fer. VI post Dom. III Quadrag. c. III n. 2, t. II, 64; In fer. VI post Dom. IV Quadrag. c. II n. 9, t. II, 120-121.*

⁷⁸. *In Dom. I Adv. c. VII n. 5-6, t. I, 46-48; In Dom. II Adv. c. IV n. 3, t. I, 82.*

⁷⁹. *In Dom. I Adv. c. VI n. 2, t. I, 39-40.*

⁸⁰. *In Dom. I Adv. c. VII n. 5, t. I, 46.*

“Ille itaque debuit esse reformator, qui conditor, ut et qui facerat reficeret, et qui plasmaverat, reformaret”⁸¹.

“Tu igitur, o Verbum Dei, tu es qui venturus es, non angelus, non archangelus aut alia quaelibet creatura, sed tu, o Filii Dei, forma et exemplar meum, tu meus es reformator, qui in initio fuisi et conditor: alienam formam non recipio, alterius opere non reficior. An minus est reformare quam condere?”⁸².

He aquí cómo el hombre, que ya estaba obligado por naturaleza a glorificar al Padre en el Verbo, recibe por la Redención un nuevo impulso cristocéntrico más fuerte. La Redención es el segundo título que liga o religa al hombre con Dios de una manera particular obligándole, en el mismo Redentor, a glorificar a Dios⁸³. La Encarnación, la vida del Verbo encarnado y finalmente su Misterio Pascual proponen a Cristo como el gran mensajero del Padre, carácter que ya le correspondía por creación. La vida terrena de Cristo es una manifestación, una explicitación experiencial del complejo mensaje que la naturaleza humana, creada a imagen y semejanza en y por el Verbo, llevaba en su interior.

“Dios se comporta como un geómetra experimentado. Si en la enseñanza especulativa no logra cautivar la atención del auditor, delinea la figura en la tierra. Dios ofreció al mundo por medio de Moisés una enseñanza especulativa, que no logró su misión orientadora. Entonces delineó en la tierra, es decir en la sacrosanta Humanidad de Cristo, toda la vida humana y sus costumbres, de forma que quien no había comprendido cada una de las virtudes en la ordenanza de la ley, las comprendiera en la vida del Redentor. Dios presentó en el Verbo la forma de las virtudes y de toda nuestra vida, para que el ojo humano aprendiera “in Verbo Dei depicto delineato et visibili” la forma de vida que el oído del hombre no captó “in Verbo Dei audito... et qui loquens patribus in prophetis Verbo Dei audibili non est agnitus, novissime loquens in Filio Verbo visibili; loquens, inquam non iam auribus, sed oculis, oculata locutione agnosceretur”. La vida de nuestro Redentor, por tanto, es la misma regla de vida, la misma senda de la salvación. Procurad no desviaros ni a derecha ni a izquierda. Esta es la vía, manteneos en ella”⁸⁴.

81. *In Dom. I Adv.* c. VII n. 1-14, t. I, 43-53.

82. *In Dom. Septuag.* c. I n. 2, t. II, 202; *In Dom. III* c. IV n. 3, t. II, 26; *In Dom. II Adv.* c. I n. 8-9, t. I, 60-62.

83. *In Dom. I Adv.* c. VII n. 6, t. I, 47.

84. *In Dom. I Adv.* c. VI n. 4, t. I, 41-42.

Así, pues, la vida de Cristo y su obra son revelación del misterio profundo de la naturaleza humana, que no supimos descubrir en ella misma, ni en el decálogo escrito, ni en la predicación profética y constituye también la vía hacia la salvación. Más todavía, su vida es la regla de la vida cristiana. Por derecho de creación y también por derecho de Redención Cristo es el grande, el único templo en el que el hombre debe elevar a Dios su plegaria y su adoración. Por Cristo desciende toda gracia de Dios al hombre y por Cristo debe ascender la adoración y gratitud del hombre a Dios.

“El templo en el que se encontraban los judíos era una sombra, una figura. La Humanidad de Cristo es la verdadera “res” significada por aquel. Por lo cual, si quieres, oh cristiano, que Dios oiga tus oraciones y acepte tus sacrificios, es preciso que vengas a este templo. Fuera de Cristo no serás oído por Dios ni obtendrás nada: Non est aliud nomen datum hominibus in quo oporteat nos salvos fieri. Por medio de Cristo desciende cuanto Dios te concede, de El te viene cuanto de bueno experimentares en ti, ya sean santos pensamientos ya devoción. El mismo dijo: “Si quid petieritis Patrem in nomine meo dabitur vobis”. Y el mismo Padre ha testificado que Cristo es “in quo mihi bene complacuit”. En este templo deben adorar a Dios el judío, el gentil y el cristiano”⁸⁵.

Pero la obra de Cristo es inmensamente más bella. En su amor redentor nos dio como padre a su propio Padre:

“Oh, cuánto me amas, amor mío, cuánto me amas! Tu constituiste a tu Padre en padre mío, y a mi Dios le convertiste en Dios tuyo, asemejándote y asociándote en todo a los hijos; era Padre tuyo en la eternidad y Señor mío en el tiempo. Naciste de una Virgen y comenzó a ser Dios tuyo quien desde la eternidad era tu Padre y comenzó a ser mi padre quien antes lo era tuyo: Distes al Padre y recibiste a Dios para asemejarte a nosotros; mientras siendo Hijo te conviertes en siervo, a nosotros de siervos nos transformas en hijos. ¿Quién podrá comprender la inmensa caridad de Dios?”⁸⁶.

El hombre creado “per Verbum” torna a ser hijo de Dios por Cristo después de la caída. En Cristo encuentra su norma de vida y

85. *In Dom. I Quadrag. c. I n. 2, t. I, 335; In Dom. I Quadrag. c. I n. 7-8, t. I, 340-349; In Dom. I Quadrag. c. IV n. 7, t. I, 357-358; In fer II post Dom. IV Quadrag. c. II n. 14, t. I, 99.*

86. *In fer. IV Cinerum c. II n. 21, t. I, 311-312.*

sólo en Cristo y por Cristo puede comprender la Palabra de Dios y responder a la misma. Este es el diálogo entre Dios y el hombre mediante Cristo al que conduce la interioridad que Sto. Tomás pone al inicio de la conversión. Por ello la interioridad agustiniana, tan viva en Sto. Tomás de Villanueva, no puede ser individualista, egoísta; su replegarse sobre el hombre es apertura esencial a Dios porque lo es la misma naturaleza humana. El desarrollo normal del egocentrismo descrito por el Santo conduce a este cristocentrismo maravilloso en el que Cristo, olvidado de sí, aparece entregado plenamente a la glorificación del Padre en la salvación de las almas. La interioridad inicial de la conversión, aparentemente individualista, introduce así al alma en la comunidad dialogal con el Padre en el Hijo por el Espíritu. El hombre ya no está sólo. La conversión le ha arrancado a la gran miseria de su soledad pecadora.

Aún no se ha agotado la belleza del pensamiento del arzobispo de Valencia. La obra redentora de Cristo se continúa en la Iglesia a través de los sacramentos. El convertido oye una llamada personal y su respuesta será también personal mas no individual, sino a una con todos aquellos que forman la Iglesia. El cristiano no puede imaginarse como un solitario en el bosque cuyos actos circunscriben sus consecuencias sobre sí mismo. El cristiano, por serlo, se mueve en una comunidad que también sufre los efectos del pecado y llorará amargamente la ingratitud de su abandono. ¡Cómo llora la Iglesia, madre amorosa, el desvarío de cualquiera de sus hijos! La Iglesia es la madre penitente por el pecado de sus hijos. ¡Qué bellísimas imágenes le ha sugerido a este respecto el pasaje evangélico! La Iglesia es la "columna gemenés", cotidianamente postrada a los pies de su esposo en confiada súplica: "sic gemitibus inenarrabilibus indesinenter clamat"⁸⁷. Dramático diálogo el que se desarrolla entre el divino esposo y la Iglesia, su esposa:

"Con cuánta viveza nos recuerda esta mujer —la cananea— a la Santa Madre Iglesia, que en este tiempo aparece triste, afligida, dolorosa, suplicando e intercediendo ante el Señor con inenarrables gemidos y clamores por su hija, la comunidad cristiana: "Apíadate, no digo ya Hijo de David, sino Hijo del Dios vivo, porque mi hija, tu comunidad, que engendré en tu Verbo y en tu Espíritu, "in verbo tuo et in spiritu tuo", por la que tú mismo te dignaste descender del cielo y derramar tu sangre en la Cruz, es

87. *In fer. V post Dom. I Quadrag. c. I n. 3, t. I, 423-424.*

maltratada, afligida y atormentada por el demonio y temo que sea víctima de la angustia. Vuelve, buen Jesús, misericordiosamente tus ojos sobre tu pueblo postrado y afligido y ve mi tribulación porque "soy el oprobio de mis perseguidores, objeto del terror para mis vecinos y de espanto para cuantos me conocen. Todos los que me ven huyen de mí. Como muerto he sido borrado de todos los corazones y parezco una vasija rota". Pero El no contesta palabra. Porque ¿por cuánto tiempo clama y no es atendida? ¿por cuánto tiempo llora y no es consolada? Pero he aquí que las tribulaciones y aficciones se multiplican. "Mientras esperábamos la paz, todos son infortunios"; nadamos siempre en dolores, angustias, en una calamidad y miseria continuas, cotidianamente es devastada y acosada por los enemigos y no hay quien la ayude. ¡Oh prolongado silencio! ¡Oh durísima disimulación! ¿Hasta cuándo suplicaré sin que me oigas, clamaré a ti contra la violencia sin que mandes tu salvación? "Domine, vim patior responde pro me". "Sed quid dicam, aut quid respondebit mihi cum ipsa fecerim?" Por lo cual debe temer que tal vez le responda duramente: "no es bueno tomar el pan de los hijos y arrojarlo a los cachorrillos", porque, oh Iglesia, considera bien que estos que tú juzgas fieles son perros y ladran contra mí con sus palabras y sus obras, blasfeman mi nombre y siendo cristianos de nombre, en sus obras son anticristianos. ¿En qué puedo ser misericordioso contigo? Todos han conspirado contra mí, ¿qué me pides en aficción-contrición? Tu dolor es irremediable. Incurable es tu herida, tu mal sin remedio ...Yo te herí como hiere un enemigo con castigo cruel. "Duras son tus palabras, ¿Quién puede oírlas?" Sin embargo la Iglesia, prudente y humilde, no abandona la oración y la súplica; rechazada repetidas veces, no desconfía porque conoce las entrañas de misericordia de su Esposo, insiste y suplica diciendo: "Cierto, Señor, así es; son perros, no puedo negarlo; son impíos y pecadores, pero también los cachorrillos comen la migajas que caen de las mesas de sus señores"; son perros pero te corresponde a ti proveer de lo necesario a tus cachorros, y ellos lo son. No te pido el pan de los hijos, ni las antiguas misericordias y gracias abundantemente otorgadas en su principio a tus fieles; no te pido aquella afluencia y sobreabundancia de beneficios que en otros tiempos misericordiosamente concediste a tus hijos, a tus santos; sólo te pido las migajas que caen de tu mesa: que defiendas a tus fieles contra los bárbaros y contra sus enemigos, que concedas la paz y arranques los escándalos de entre tu pueblo, que ilumines su mente para que conozcan sus pecados, sus castigos, su fealdad y, haciendo penitencia, abandonen avergonzados su mala vida y se conviertan a ti..."⁸⁸.

88. *In fer. V post Dom. I Quadrag c. I n. 3, t. I, 423-424.*

La Iglesia centra su virtud, la eficacia de todo su tesoro espiritual en la conversión del descarriado. Orientación de patrimonio interno y también de su elemento externo⁸⁹ a la consecución del retorno del hijo pródigo. La predicación aparece aquí como gran instrumento de conversión⁹⁰.

El Santo ha llegado a una síntesis de la conversión como obra del individuo y de la comunidad, es decir, como obra que procede de la comunidad que ayuda al individuo y al mismo tiempo como elemento que conduce a la comunidad. El sentido comunitario es uno de los primeros que brota en el alma que acoge la llamada de la gracia de la conversión⁹¹. Al conocer la verdadera realidad de su situación recurre inmeditamente a la comunidad de los justos⁹². Y la comunidad de los bienaventurados intercede siempre que encuentre ese leve rescoldo de fe a cuya luz mortecina percibe el sentido del pecado.

Parémonos un momento a contemplar el cuadro de la conversión. El pecador que se aleja rompiendo los lazos con Dios, con la Iglesia, con las criaturas. Dios que llama una y otra vez y espera pacientemente. La Iglesia penitente que moviliza todo su potencial, interno y externo, buscando la conversión del pecador. Al fin el pecador que, tocado de la gracia, despierta del sueño del pecado. Quiere..., desea la conversión, pero se siente impotente y acude a confundir su débil plegaria de fe con la sólidamente confiada e ininterrumpida plegaria de la Iglesia e interceden los santos para preparar al pecador al dolor, porque en medio de este ejército que combate por su libertad, el pecador no queda dispensado de su aportación personal. Finalmente rompe el dolor del pecador que, sumergido en el dolor redentor de Cristo y sólo en él, triunfa y destruye el armazón egoísta del pecado que lo aislaba. Dios, Cristo, la Iglesia triunfante, la Iglesia militante y el débil esfuerzo titubeante del pecador logran su obra. La conversión es obra de la comunidad. ¿Y después? La inmensa alegría de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu, de los ángeles, de la Iglesia triunfante, de la Iglesia

89. *In Dom. IV Adv. c. I n. 3, t. I, 116; In fer VI post Dom. IV Quadrag. c. II n. 7, t. II, 112.*

90. *In Dom. Sexag. c. I n. 1-7, t. I, 242-247; In Dom. III Adv. c. III n. 5, t. I, 108-109; In Dom. IV Adv. c. I n. 3, t. I, 116; In Dom. IV Adv. c. II n. 3, t. I, 121; In Dom. Sexag. c. II n. 3-15, t. I, 252-260.*

91. *In fer. V post Dom. I Quadrag. c. II n. 6, t. I, 433-434; In fer. V post Dom. I Quadrag. c. III n. 5, t. I, 440.*

92. *In fer. VI post Dom. IV Quadrag. c. III n. 7, t. II, 132-133.*

militante, del convertido y también de la creación entera. Se regocija el Padre Eterno porque la conversión inicia una etapa a cuyo término será realidad la promesa hecha al Hijo de constituirle príncipe de todas las gentes. El Hijo exulta porque podrá mostrar al Padre el fruto ubérrimo de su obra redentora y el Espíritu Santo porque será la manifestación perfecta de la predestinación, obra de caridad y amor. La Iglesia triunfante se une al júbilo trinitario porque con la conversión del pecador participa ya de algún modo en la construcción de la Jerusalén celestial e inicia la marcha que, al final de los tiempos, le convertirá en una piedra más de la Jerusalén celestial contribuyendo a la plenitud de la gloria de los bienaventurados de una manera que no sabemos explicar⁹³. La conversión abre un caminar que culminará en el juicio final con la unión gozosa de las diversas clases de moradores de la Jerusalén celestial⁹⁴, pero que, según estamos viendo, opera ya aquí en la tierra. Y los hombres que, a consecuencia del pecado, se aunarían en el juicio final pregonando la confusión y deshonor del pecador, por la conversión se transforman en fuente de estimación y honor del mismo⁹⁵. Confusión y honor, según los casos, que provendrá de toda criatura racional, sin duda porque todo hombre experimenta las consecuencias tanto del pecado como de la virtud de los demás hombres⁹⁶.

Toda conversión es, finalmente, apostólica. Todos los hombres concurren con el arrepentido a la consolidación de su encuentro con Cristo y todo hombre experimenta, de una manera o de otra, los efectos de la conversión. Se ha de subrayar la insistencia con que presenta la conversión no como un acto, que redundaría exclusivamente en bien personal, sino como la creación de un nuevo modo de ser que se deja sentir en los diversos estados de la comunidad. El gran obispo limosnero insistirá una y otra vez en la limosna⁹⁷. La conversión extiende su obra bienhechora a través del cuerpo místico de una doble manera. Primeramente el dolor de los pecados es

93. *In Dom. I Adv. c. V n. 5-6, t. I, 34-35; In Dom. Septuag. c. VI n. 4, t. I, 237-238; In fer. VI post Dom. IV Quadrag. c. II n. 6, t. II, 118-119.*

94. *In Dom. I Adv. c. II n. 9, t. I, 16.*

95. *In Dom. I Adv. c. I n. 9, t. I, 4-5; In Dom. I Adv. c. IV n. 3, t. I, 27; In Dom. I Adv. c. V n. 12, t. I, 34-35.*

96. *In Dom. I Adv. c. I n. 9, t. I, 4-5; In Dom. IV Adv. c. VII n. 7, t. I, 148.*

97. *In Dom. I Adv. c. V n. 9, t. I, 37; In fer. II post Dom. IV Quadrag. c. II n. 7, t. I, 95; In fer. III post Dom. I Quadrag. c. I n. 9-10, t. I, 387-388.*

el unguento precioso que recrea a la comunidad cristiana con su perfume. La Iglesia que lloraba al lujurioso que ahora ve penitente y continente; la Iglesia que contempla al ladrón que ahora da sus bienes. ¡Oh, qué perfume tan delicado en la Iglesia del Señor! ¡Qué fama y qué regocijo! En la comparación de lo que fue y de lo que es, se manifiesta la omnipotente mano de Dios y brota espontánea la alabanza del Señor y la corrección del prójimo. Porque la conversión, en sus manifestaciones externas, es confusión y estímulo de otros pecadores todavía obstinados⁹⁸, regocijo y gozosa confianza para quienes la timidez les paraliza en sus ansias de conversión⁹⁹. El perfume de la conversión, trascendiendo los límites de la Iglesia militante, se adentra en los cielos. La Sagrada Escritura atestigua la alegría que experimentan los ángeles en el cielo por la conversión de un pecador¹⁰⁰. La conversión es apostólica por su misma naturaleza en la manifestación externa de la transformación interna que opera. No puede concebirse un verdadero convertido, un alma introducida en este diálogo de la vida cristiana con Dios, sin un espíritu apostólico que responda a las mismas exigencias de la realidad interna de la conversión¹⁰¹.

La tercera unción de la conversión está reservada al cuerpo místico de Cristo. Es la limosna dada a los pobres. ¡Con cuánto fervor intenta crear en el pueblo cristiano el espíritu limosnero que animó su vida!

“Daos cuenta, les dice, atento a la psicología humana, que dais un óbolo y recibís un reino; que dais pan de trigo para recibir el pan de vida; que os desprendéis de un bien transitorio y recibiréis uno eterno. No dais gratis. El pobre tiene un gran flador. En vuestra misericordia atesoráis porque es Cristo quien es alimentado, vestido, etc. en el pobre”¹⁰².

La conversión hizo de la samaritana pecadora un entusiasta

98. *In fer. III post Dom. I Quadrag. c. I n. 9-10, t. I, 387-388; In fer II post Dom. IV Quadrag. c. II n. 7, t. II, 106.*

99. *In fer. IV Cinerum c. II n. 25, t. I, 313; In fer. III post Dom. I Quadrag. c. I n. 9, t. I, 387.*

100. *In fer IV Cinerum c. II n. 24-25, t. I, 312-313; In Dom. Adv. c. V n. 6, t. I, 35; In Dom. IV Quadrag. c. I n. 6, t. 12, 76; In fer. VI post Dom. IV Quadrag. c. III n. 9, t. II, 134.*

101. *In fer. IV Cinerum c. II n. 24, t. I, 312-313.*

102. *In fer. VI post Dom. Passionis c. III n. 5, t. II, 208; In Dom. I Adv. c. V n. 5, t. I, 34-35; In fer. IV Cinerum c. II n. 27-30, t. I, 314-315; In Dom. I Adv. c. IV n. 9, t. I, 30-31; In Dom. I Adv. c. V n. 9, t. I, 37-38.*

apóstol de Cristo¹⁰³. En conclusión, el sentido apostólico y social¹⁰⁴ de la conversión es esencial, o al menos, inseparable de la misma. Su ausencia es signo de una conversión débil¹⁰⁵.

También participa de los beneficios de la conversión la criatura irracional porque el hombre, en el retorno a su auténtica posición, reconoce el valor de medio de las cosas y las aprecia como portadoras del mensaje divino que ahora comprende nuevamente¹⁰⁶. La misma creación, sublevada contra quien quiso endiosarse, reconoce de nuevo la soberanía participada del hombre¹⁰⁷. La humildad de la conversión no es aniquilación del hombre sino revalorización. La conversión es una reproducción en miniatura de la obra comunitaria operada por la venida de Cristo:

“Por lo cual Cristo con su venida restablece la paz entre Dios y el hombre, entre el ángel y el hombre y de los hombres entre sí...”¹⁰⁸.

Magnificencia sin igual de la conversión cristiana, obra de la comunidad e instrumento que conduce a la comunidad. Y en la comunidad el convertido lejos de perderse en el anonimato es revalorizado. Su primer eslabón consiste en la capacitación para mantener un diálogo amoroso con Dios. Y en la humildad de la conversión, que reconoce la supremacía divina y se entrega a la glorificación de su amor creador y redentor, reconquista la dignidad de miembro activo de la comunidad eclesial, del pueblo elegido, con la participación en la esperanza escatológica de la Iglesia y finalmente recobra su cetro de soberanía participada sobre la creación¹⁰⁹.

P. Zacarías Herrero

103. *In fer. VI post Dom. III Quadrag. c. I n. 7, t. II, 55-56.*

104. *In Dom. I Adv. c. V n. 10-11, t. I, 38.*

105. *In fer. III post Dom. I Quadrag. c. II n. 4, t. I, 391-392; In Dom. I Adv. c. V n. 9-10, t. I, 37-38; In Dom. II Adv. c. III n. 6, t. I, 73-74; In Dom. II Adv. c. IV n. 1, t. I, 80.*

106. *In Dom. I Adv. c. V n. 5, t. I, 35.*

107. *In Dom. I Adv. c. V n. 5, t. I, 34-35.*

108. *In Dom. II Adv. c. II n. 2, t. I, 66; In Dom. IV Adv. c. VI n. 2-5, t. I, 138-139.*

109. *In Dom. Sexag. c. V n. 19, t. I, 272-273.*